

Los punks no intentan ser punks jamás.

A propósito de *Generación cochebomba* de Martín Roldán.

Pepitas de Calabaza, 2015.

No soy punk. He intentado, desde pequeño, serlo. Tuve, incluso un par de camisetas negras con motivos de calaveras. Madre me compró una playera oscura en el tianguis de segunda de mi horrible Hermosillo, la ciudad más infernal del mundo, luego de Bagdad. Tenía un cráneo de perfil con un mohawk de huesitos. Es decir, la camiseta que me agenció mi vieja es la que tenía el cráneo. Promovía una banda llamada Exploited. Una vez intenté escucharla pero no comprendí ningún trastazo. O más bien, comprendí de inmediato que se trataba de un llamado musical que no podía decodificar. Como cuando las aves emiten sonidos para comunicarse y los chimpancés ni cuenta se dan del mensaje sexual: “Hey, tú, azulejo, qué te parece si follamos sobre esa ramita”. Cui cui: “Hecho, sólo debo advertirte que me gusta hacerlo por el ano”. Cuiiiiiiii. Allá abajo, los gorilas se rascan la panza ignorando el sadomasoquismo de los pájaros. Lo mismo conmigo. Batería, metales, guitarras, griterío. Qué mierda están cantando estos tipos. Así pasé los ochentas. Hasta que descubrí Kortatu. Me pareció un trabajo musical mucho más melodioso. Sarri, sarri, sarri, sarri, sarri. Quizá es un eufemismo. Comprendí, pues. El llamado vasco. Porque luego trituré mis oídos con Negu Gorriak. Ieai, Zabaldú. Idea, Zabaldú. Es verdad, no fui un punk, nunca, convencido del clamor y la invitación rítmica. No. Por entonces me gustaba una chavita de 15 años. No se alarmen, por ese entonces, yo también tenía 15 años. La chavalita tenía novio. Un novio punk. Así que lo intenté. Le dije a mi madre que me comprara otra camiseta rockera, sin calaveras cantando, ni nada. Pero me mandó a la mierda porque ya era mayor y debía comprármela yo mismo. No sucedió. Y la dama nunca llegó a mis brazos. Ni nada. Ni punk ni amor para mí. Desolado, adopté el camino del posser.

Digo esto, a propósito de la novela de Martín Roldán, *Generación cochebomba*, que trata de un chico, o más bien, varios chicos, que rondan los dieciséis y diecisiete años. Todos ellos, unos anarquistas convencidos del viejo marxismo como única salida al desamparo y a la marginación del sistema. Ah, esos años. Adrián R, el protagonista, me recuerda a mí, tan lleno de ideas. Quiero decir que me recuerda a mí cuando tenía su edad, ahora no tengo una sola idea, soy algo así como un monolito infértil sobre el páramo de la lucidez. Adrián R forma parte de una sociedad rota, que si bien está situada en la novela en la ciudad de Lima, también puede ser trasunto literario de la ciudad de México o cualquier otra metrópolis de América Latina. Cualquier otra ciudad, heredera de la tiranía. Adrián R es un chico al servicio de la música punk y de los ideales. Es magnífico y endemoniadamente guapo, dice su narrador por ahí, no como yo o como mis amigos. Como esa vez que mi amigo punk, Ernesto, cometió un error terrible:

Nuestros años de juventud fueron erráticos también, fuimos militante del Frente Zapatista de Liberación Nacional y teníamos las juntas en un centro cultural al que acudían distintos grupos sociales y organizaciones civiles, que se rotaban el espacio durante la semana. Los miércoles nos pertenecía a los punks, los rebeldes zapatistas. También, como al buen Adrián R, a Ernesto le gustaba el pasto y fumaba sin miedo. Un día llegó muy fumado a la reunión zapatista. Había muchas caras nuevas. Se sintió conforme, el movimiento estaba creciendo. “Buena bola, Hermosillo, tus hijos son rebeldes”. A los cinco minutos, notó que no sólo había caras nuevas. El círculo que formaban sentados estaba compuesto por puras caras desconocidas. Y más: al parecer él era el único nuevo ahí. Porque eso dijo el tipo que dirigía las charlas: “Vale, chico nuevo, cuéntanos tu historia. ¿Por qué quieres dejar el alcohol?”. La mierda. Se había equivocado. No era miércoles, sino jueves, y estaba en medio de una sesión de alcohólicos anónimos, quienes veían con crueldad su cara de pacheco. Tuvo que inventar que el licor lo había vuelto un anarquista y que, posiblemente, era hora de alinearse.

Una nota. Este Ernesto es el mismo chico punk que era novio de mi amor platónico de los 15 años. Me hice amigo de mi peor enemigo. Saludé las manos que acariciaron a su novia. Qué ruin es la vida a veces.

Adrián R, por otro lado, es consecuente: su odio y dolor están definidos por la experiencia de la pobreza y las carencias que identifican a su grupo social. Jamás confundiría una reunión anárquica con el triste proyecto de la abstención. Es lo que se dice en México, un Nini, es cierto, pero un Nini elegante, con un enorme bagaje musical y con gran tino femenino. Su banda de subtes es imponente, el Pocho Treblinka, el Innombrable, el Desperdicio, entre muchos más. Todos sin nombre, o con un nombre punkoso, que los ubica en el margen de la sociedad a la que odian con sano juicio y todas sus facultades. Podemos decir, entonces, que Slavoj Zizek se equivoca cuando explica que los punks no pueden articular su desprecio al sistema. Haría falta, dice el esloveno, un punk ilustrado, que sea capaz de comprender su espacio y su corpus social, capaz de comprender el sistema y sus fallos. Te presento a Adrián R, querido Zizek. Toma eso.

La novela *Generación cochebomba* ofrece un panorama muy descriptivo de la ciudad de Lima en los años ochenta. Los recorridos de los subtes por las avenidas dibujan una geografía que se imprime por su exposición de la violencia.

“Así, ensimismado, caminó por las calles donde pocos son los respetados; pues, hasta en ese caos, hay un orden tácito acatado por todo callejero. No supo, por eso, del joven que golpeaba a su enamorada, ni vio cuando un muchacho intervino a favor de la chica y al final fue abollado por ambos; tampoco se percató del agente que vigilaba a un presunto subversivo; ni del militante de Socorro Popular que hacía el reglaje a un oficial recién llegado de zona de emergencia; ni de la bolsa de basura arrojada desde el tercer piso de

un edificio que se desparramó en toda la pista; ni del desconocido que hacía sus necesidades fisiológicas entre dos carros estacionados...”

Por otro lado, la realidad está escindida. Hay tres dimensiones sociales plasmadas en la novela de Roldán:

La primera está sustentada por un Comité Senderista, aquella organización de terroristas convencidos del puño marxista que, precisamente, llegó a usar coches bombas para intentar destruir el sistema y los cristianos que se atravesaran al paso de la explosión.

La segunda, por la juventud subterránea, una comunidad de rockeros, punks, malandros de todo tipo, obsesionados con la música y las drogas, que tienen ideas sin proyecto. Tienen claro que el sistema está mal, pero están perdidos en el limbo entre el terrorismo senderista y el último eslabón de la pobreza y la marginación. Aquí nos suscribimos, Adrián R, Ernesto (el novio de mi amor platónico) y yo.

La tercera es precisamente el último peldaño, el triste retrato de la falla económica de un país y su enamoramiento capitalista. Los niños de la calle, representados por la tragedia de Raúl, un chavalito condenado a vagar sin hogar, desechado por la sociedad y por los mismos tipines de su condición. Chavalitos que se dedican a asaltar personas en la calle con agresiones.

Estos tres niveles de marginación se conectarán en esta magnífica y brutal novela de Martín Roldán. Un librazo que tardé en leer poco más de una semana por mis constantes interrupciones para ir a escuchar la música que aparece como referencia en el relato. Porque tiene eso también, un enorme catálogo musical que transparenta el gusto de los personajes y, me imagino, de su autor. Aquí debo admitir que mi gusto musical es vergonzoso. Porque en una de las escenas, Olga le pone un disco de Cocteau Twins a Adrián R

y yo me sentí emocionado. Vaya, por fin una banda que conozco, me dije con una sonrisa y permitiéndome poner la canción “Pandora”, pero después Adrián R bosteza y dice es música muy afeminada. Sentí bastante vergüenza. No acabé la canción, lo juro, Martín.

La novela tiende a recordarnos que la realidad es otra y no sólo el adormecimiento ficcional en el que nos abandonamos. Nos conduce por una trama que a veces se concentra en la relación amorosa entre Olga y Adrián, o los diálogos entre los representantes del comité rebelde, o los conciertos a los que asisten todos los subtes, las drogas, el alcohol, pero súbitamente nos regresa, como lo hiciera el viejo Bertolt Brecht con su distanciamiento, a la brutal existencia. El narrador nos presenta una escena bestial donde están encerrados todos los punks y terminan por violar a unos travestis. La oscuridad y el sexo tras las rejas constipan la reflexión, nos vuelve animales y experimentamos el encierro y sus olores. A la mañana siguiente, un baldazo de agua fría mental despierta a Adrián R, quien abre los ojos al triste estado de las cosas:

“Cuando la celda estuvo iluminada por los rayos del sol, pudo divisar los rostros que en la oscuridad había tratado de conocer. Eran rostros atormentados a pesar de su juventud. Parecía que habían atravesado todas las etapas de la vida humana y se encontraban próximos a su fin donde se hundiría una existencia miserable.

Entonces uno de los travestidos se despertó y, estirándose como una gata, exclamó femenina: <<Ay, qué rico... Y yo pensaba que lo de anoche había sido sólo un sueño>>.

El tema de los nombres de los personajes. Me parece que no es gratuito que ninguno contenga su nombre completo. Adrián R, Pocho Treblinka, El Innombrable, Carlos Desperdicio, todos padecen el mismo

complejo psicológico: la ausencia del padre. Uno está muerto, otro no lo conoce, otro es un fracasado. Lo claro aquí es que la representación del padre nos convence de que los personajes, los protagonistas, al menos, son huérfanos, no sólo biológicos sino de manera social y cultural. Así mismo con la parte del Comité. Los personajes son Él, Ella, El Nerd, etcétera. La falta de nombre indica un corte, una profunda herida en la identidad de todos. Raúl, el niño de la calle, no conoce sus apellidos. O no quiere decirlos. Inventa su pasado, porque la verdad es quizá algo que debe bloquear. Huérfanos todos, huérfanos en Perú y el mundo.

Generación cochebomba, además de ser una estupenda novela, es una ventana al terrible camino que hemos recorrido en Latinoamérica. La violencia tiene sus propias expresiones y sus momentos. El México represivo de finales de los 60's, la dictadura chilena y el asesinato de Allende en los 70's, anteceden la ferocidad de los 80's de Perú y la profunda crisis económica que habían legado los gobiernos militares. La nueva democracia se veía golpeada por la falta de liderazgo del presidente Alan García y por los atentados de Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru. Aquí se sitúan nuestros personajes, convencidos por una nueva extraña forma de vida que los conducirá a repetir la tragedia, caer infinitamente, la más jodida condena humana.

Cómo no ser punk en estas condiciones. ¿Cómo no rebelarnos, aunque sea, en la mente, si estamos condenados por un sistema de cobardes? Nadie es inocente, todos terroristas. Viva el punk, viva Eskorbuto. Play.